TEATRO ESPAÑOL FUERA DE ESPAÑA

José Monleón

Son diversas las instancias oficiales y las iniciativas privadas que han contribuido a la difusión del teatro español fuera de nuestro país en los últimos años. En el caso de América Latina, desde finales de los años sesenta, cuando los mejores grupos independientes españoles de la época llegaron a los Festivales de Manizales, Puerto Rico, Caracas, México, Córdoba, Panamá, Guatemala, etc., se inició un interés —definitivamente perdido por nuestras compañías comerciales— que nunca ha dejado de existir y que ha culminado en España con la creación del Festival de Cádiz.

Este recuerdo obliga a señalar la existencia, en los últimos años, de periodos claramente marcados por un distinto interés por el teatro de aquellos países, en función de nuestra realidad política, que ha alternado etapas en las que América Latina, en sus diversos aspectos, ha ocupado un amplio espacio en nuestros medios de comunicación, con otras en las que ha sido un referente lejano, reducido, las más de las veces, a la crónica de sus calamidades geográficas o políticas. A los buenos momentos pertenece, por ejemplo, la creación en España de una Muestra Itinerante del Teatro Latinoamericano, de la que llegaron a celebrarse varias ediciones, entre otras ciudades, en Cádiz, lo cual, sin duda, contribuyó a la creación posterior, por Juan Margallo, del hoy consolidado Festival.

Dado que en otros trabajos aparecerán referencias a múltiples iniciativas, quisiera yo consumir el espacio disponible informando sobre las líneas básicas de la Fundación Instituto Internacional del Teatro del Mediterráneo, nacida en 1990 a partir del convencimiento de que la cultura y, en este caso, específicamente el teatro, podía ser un espacio de encuentro mediterráneo, en un contexto donde los intereses políticos y económicos a menudo lo impedían. Labor que ha excedido en mucho la simple proyección de una serie de espectáculos españoles, para abrir un plan de actividades —alrededor de setecientas en estos momentos, en veinticuatro países mediterráneos— que ha conjugado las coproducciones, los talleres actorales a cargo de profesores españoles, los congresos, las conmemoraciones de los centenarios de autores como García Lorca y Valle-Inclán, las publicaciones, los programas escolares centrados en la narración y, por citar la última actividad, la organización de la Semana de la Escena Española en Marruecos, celebrada, con excelente acogida de público, en el Teatro Mohamed V de Rabat, con la participación del Ballet Nacional, del Ballet Flamenco de Andalucía, del Centro Andaluz de Teatro, de los conciertos a cargo de los grupos de Juan Peña el Lebrijano y Luis Delgado, y una excelente muestra de las versiones a que ha dado lugar la conmemoración del cuarto centenario de la edición del *Quijote*, en este caso el *Don Quijote en la niebla*, de Antonio Álamo, bajo la dirección de Jesús Cracio. Semana acompañada de una serie de actividades en las que ha tenido una decisiva participación el Instituto Cervantes.

Los Ministerios de Cultura y Asuntos Exteriores llevan a cabo múltiples iniciativas que permiten la presencia de compañías o conferenciantes españoles en numerosos lugares. También los centros del Instituto Cervantes son un valioso apoyo complementario en muchas ocasiones. Casi siempre planteado como algo más que la mera subvención —que también las hay— del Estado o de las Comunidades Autónomas para cubrir los costes de los viajes. Si un día un determinado teatro español realizó giras puntuales, y en

muchos casos triunfales, a Hispanoamérica, hoy la situación es distinta. Aquel teatro se apoyaba en una serie de valores que hoy no interesan, frente a otro que sí sería bien recibido. No basta el oficio, ni una costosa producción, ni unos divos como cabecera. El reciente estreno de *Himmelweg*, de Juan Mayorga, en el Royal Court de Londres, y su previsible presentación en el San Martín de Buenos Aires, obra montada en nuestro Centro Dramático Nacional con una discreta acogida, es un ejemplo sobre el que vale la pena detenerse. Porque —como está sucediendo con otros textos— quizá el teatro español se ha quedado atrás en la dirección escénica e, incluso, en la escuela actoral. A nuestros escenarios les falta, en general, verdad e intimidad, perdidos los actores en interpretaciones externas, para un público que, en buena medida, sigue fiel a los viejos modelos. Ciertamente, tenemos un puñado de profesionales que buscan otros caminos, las salas alternativas, las inquietudes de determinadas escuelas de teatro, las revistas especializadas y otras muestras de rebelión. Pero el conjunto de nuestro teatro está dominado por un conservadurismo formal y un pragmatismo económico que difícilmente puede ayudar a su proyección exterior. Para que quieran vernos hemos de hacer un teatro mejor y más atento a la percepción moderna de la realidad social y personal. Y ese es un trabajo que hemos de hacer en colaboración con quienes van por delante de nosotros, sustituyendo la vieja idea —un tanto colonial— de la presencia en el extranjero de nuestros «grandes» títulos por la de cooperación e intercambio. No es sorprendente que la de Núria Espert, aunando los nombres de Lorca y Víctor García, fuera un día la compañía española de mayor prestigio en todo el mundo, ni que un grupo como La Cuadra, de Sevilla, subestimado por el teatro comercial español, goce hoy de un amplio reconocimiento internacional. ■



Imagen del montaje del Centro Andaluz de Teatro, *Federico,* dirigido por Francisco Ortuño y con dramaturgia de José Monleón. © Luis Castilla.

José Monleón es director de la revista *Primer Acto*, director de la Fundación Instituto Internacional del Teatro del Mediterráneo, profesor emérito de la RESAD, director del Festival Madrid Sur, ensayista teatral y dramaturgo.